

La imposible historia de la televisión

Jochamowitz, Luis

Nadie puede asegurar que fuera cierto, pero una de las cosas que se dijeron en los primeros tiempos de la televisión en Lima es que mucha gente se había dado cuenta que necesitaba anteojos para observar el nuevo objeto. Las ventas de los establecimientos ópticos registraron ese descubrimiento que hicieron muchas personas sobre su propia vista. El ojo se convertía en algo más importante, si cabe. Aunque mínimo, ese fragmento de información parece revelador de los tiempos que comenzaban a correr, y que desde entonces no se han detenido: no solo cambiaba lo observado, también estaba cambiando el observador. Los anteojos eran un objeto material en una serie infinita de cambios y novedades psicológicas, políticas, cognoscitivas, culturales, e incluso físicas, si se considera el triángulo obesidad, sedentarismo, televisión.

En nuestra época, cincuenta años después, ¿qué anteojos necesitaríamos ponernos o quitarnos para dar una mirada comprensiva a ese largo tiempo? La sola idea de una historia de la televisión ya parece una contradicción con posibilidades. La historia supone un pasado, períodos, registros, mientras que la televisión es instantánea, se disuelve en el presente, a lo más se acumula en períodos de unos pocos días, semanas, o meses, que abarcan esa densidad temporal de pacotilla que llamamos actualidad.

Es cierto que, al menos en teoría, desde que llegó el video tape en 1962 existió la posibilidad de capturar y guardar ese chorro electrónico en distintos soportes cada vez más accesibles y difundidos. Lo ideal, lo más justo, sería dejar que la historia sea contada por las imágenes de la misma televisión, pero en este caso décadas enteras han desaparecido de los insondables archivos locales. De los años 60 deben haber quedado algunos comerciales y trozos sueltos al azar. Pero para todo fin práctico, se diría que la primera década ha desaparecido, o se ha reducido a unos pocos minutos.

El panorama no es demasiado diferente para la siguiente década, los años 70, con el agravante de que las diferencias políticas hicieron aun menos atesorables las imágenes de un pasado reciente. La situación comienza a cambiar, creo, en los años 80 y 90, cuando la tecnología y la industria mundial abarataron el almacenamiento de imágenes y se inició un cierto proceso de acumulación, aunque con resultados todavía inciertos. Se trata de un verdadero holocausto de imágenes, no solo de la televisión sino de la vida nacional, lo más parecido a una quema generalizada de libros. Un conjunto de razones podría explicar esta baja, desde el descuido, sino el desprecio, que tradicionalmente se tiene aquí hacia los archivos, hasta la posibilidad, siempre económica, de la regrabación.

En ausencia de una historia hecha con imágenes, una historia escrita, si fuera completa, resultaría abrumadora. Pero más importante todavía, sería tener una historia en el sentido menos material de la palabra: historia como una comunidad de memorias, como un conocimiento y una tradición que se renuevan y sirven para resolver los asuntos del presente. Supongo que en cuanto a la televisión, todo eso está por hacerse en el Perú. Se trata de una historia nacional, es apenas una nota a pie de página en una historia mundial, pero es única e irrepetible.

Desde luego, ese desconcierto natural en el que vivimos no ha impedido que un cierto sentido común se haya propagado con los años. Todos comprendemos que en medio siglo han ocurrido demasiadas cosas, pero que al menos algunas deberían considerarse un momento. Parecería que no puede pasarse por los años 60, sin hablar de una industria cultural en ciernes y de la telenovela nacional, ni por los años 70 sin detenerse en ese estilo criollo-militar que se diseminó sobre todos los géneros, desde los musicales hasta los noticieros.

Los años ochenta son inseparables de la televisión brutalista y sangrienta de la violencia. Es decir, la visión, cada vez más encallecida, de los miles de muertos y heridos que dejó la guerra interna. Para la televisión de Lima fue un asunto casi urbano que llegó a su apogeo en el momento de los coches bombas, pero para las masacres colectivas del campo, se diría que la máquina fotográfica y no la cámara de televisión fue la que llegó más lejos en el registro. Como sea, los ochenta marcaron la pauta del país de horror que cualquier peruano de los últimos 30 años encuentra cotidianamente en los noticieros. Horror que ahora se ha desplazado hacia los asesinatos, suicidios, linchamientos, violaciones y accidentes de carretera.

Los años 90, es decir, la televisión tóxica de Fujimori y Montesinos es hasta este momento el caso más saltante de los peligros que se pueden extraer de la caja ciega que ha penetrado en todas las casas. Formando el pórtico de nuestro tiempo, esa historia de grandes clásicos culminaría en la salita del SIN, en el año 2000, con algunos de los más inolvidables minutos de televisión del siglo. La herencia de ese tiempo son los “Vladivideos”, documento hiper realista con cámara fija y escondida, que el historiador del mañana no podrá dejar de ver.

Así pues, el recorrido en cincuenta años de televisión ha sido vertiginoso e impredecible. La televisión, que comienza transmitiendo clases de electrónica desde el piso 22 del Ministerio de Educación, termina haciendo colapsar a un gobierno corrupto que había hecho de ella su instrumento más eficaz. Medio siglo de explotación y aprendizaje visual separan esos dos momentos.

En cierta forma, la reacción que siguió a la difusión de las imágenes explícitas en la salita del SIN, constituyen la primera rebelión política protagonizada por los tele ciudadanos. Pero, en ese orden de cosas, el autogolpe de 1992 sería el primer tele golpe de estado, diferente al de 1962. Esta vez el momento decisivo no ocurrió en las calles con los tanques, se materializó “en el aire”, un domingo a las diez de la noche, en lo que en esa época llamaban horario estelar y ahora prime time. Por supuesto era allí donde se tenía que certificar que el poder en el Perú volvía a ser arranchado y concentrado. Aquello que antes, en el tiempo de la imprenta o de la radio, se comunicaba en el Manifiesto o Pronunciamiento, ahora se decía en esos escasos minutos de soliloquio, en cadena y previamente grabado. Luego de esa breve interrupción, la programación dominical continuó. Vagamente comprendimos que la realidad ocurría, imperaba, desde el momento que salía por televisión.

Esto que llamamos televisión, ha ido creciendo, devorándolo todo, alimentándose y fortaleciéndose de su propio detritus. Se ha convertido en nuestro monstruo colectivo por excelencia, a tal punto que parecemos no saber si estamos ante un medio de comunicación o se trata de nuestra propia imagen. Una historia de esa magnitud rebasa las posibilidades de unas personas, de una generación, y solo parece posible a medida que el siglo XX se vaya alejando en el tiempo.

Se trata de algo más que la historia de una tecnología, de una industria cultural, o de unos públicos y lo que hacen en su tiempo libre. Lo que ha ocurrido, lo que sigue ocurriendo, es un cambio en la percepción del mundo, un fenómeno global cuya trayectoria y consecuencias siguen desplegándose.

¿Qué podemos esperar como país de este infinito experimento? Se ha dicho que en el Perú, que nunca ha dejado de ser un país básicamente oral, la caída de la vieja cultura del libro y la escritura, y el ascenso de las nuevas formas visuales y electrónicas, podría suponer una especie de corte de camino, de resolución práctica de viejos conflictos culturales que por otros medios nos hemos mostrado incapaces de superar. La idea es sugerente pero no nos libera de tener que edificar sobre nuestras ruinas. A riesgo de ser digresivo, tal vez ocurra algo parecido con otro cambio mundial, el cambio climático. En ese incierto futuro se hará imprescindible resolver una relación con el territorio y la geografía que los pobladores de esta parte del mundo hemos dejado de comprender y controlar desde hace siglos. Digamos que las malas noticias podrían esconder secretas bendiciones, pero también lo contrario.

Todavía no tenemos una historia de la televisión en ninguno de los sentidos posibles. Pero mientras tanto, ¿qué hacer?, ¿qué se puede aprender si no de la historia, al menos de la experiencia? Sospecho que ésta es la clase de conocimientos cuya falta resulta más costosa para un país. Pongamos un caso posible: los cambios tecnológicos han sido una constante en esta historia que parece nacional, pero que en realidad viene de afuera y es mundial. Casi provocaría decir que en la televisión del Perú, los grandes progresos no ocurrieron porque se promulgó alguna ley, o por el genio de algún broadcaster, sino por unos aparatos que llegaron por el Callao y que aquí aprendimos buenamente a manejar. Supóngase, por ejemplo, lo que significó el lento advenimiento de la cámara más pequeña y liviana, que podía llevarse al hombro. Sería como lograr que la televisión camine y salga a la calle.

La tecnología ha actuado hasta ahora como una gran igualadora, abaratando y difundiendo unas posibilidades que antes estaban en muy pocas manos. Un ejemplo de eso es el nacimiento en los años 80 y 90, no de cuatro o cinco canales como en Lima, sino de centenares de pequeños canales de televisión en provincias. Se trata de un fenómeno cuyas posibilidades apenas llegamos a intuir desde la capital.

Por cierto, esos cambios tecnológicos no se han detenido y se esperan algunos muy importantes en el futuro cercano. La discusión sobre la televisión digital debería ser un tema acuciante como el futuro del agua o de los alimentos. En lo personal, lo ignoro todo sobre el sistema que finalmente deberá implementarse en el país. No obstante, a juzgar por la trayectoria democratizadora que la tecnología ha tenido históricamente, preferiría que la televisión del futuro fuera aquella que favorezca más la libertad de los realizadores y la capacidad de elegir de los espectadores, y menos el mero lucro privado o el control estatal.

Yo tenía unos seis o siete años cuando esta historia comenzó y me gusta pensar que formo parte de la primera generación de niños que vio televisión en Lima. Quizás por eso, esa primera época siempre me ha parecido más accesible, más pequeña y limitada, pero quizás la única que parece cerrada y explicable.

La televisión comenzó como un rito casi privado de unas clases medias que se reunían para verse y reconocerse. Aunque sus pretensiones eran más generales, su alcance era distrital y solo representaba idealmente a un grupo relativamente pequeño que era el que se suponía podía comprar un televisor. Dejando de lado las series, las películas y los dibujos animados, mis primeros recuerdos de esa televisión nacional son unos programas ceremoniosos, que ocurrían delante de cortinas de teatro, con animadores un poco gordos que vestían ternos oscuros y entregaban premios como una caja de leche Gloria y un reloj despertador Westlock.

A lo largo de los años 60 esa televisión fue evolucionando y soltándose. Perdió las maneras rígidas, casi de radio con público, y se modernizó tratando de repetir lo que se hacía en otras partes del

mundo. Es la televisión representada por los rostros de Pablo de Madalengoitia y Kiko Ledgard. Nunca perdió, sin embargo, ese hábito de clases medias, aunque al final ya no podía contener impulsos más populistas como los de Augusto Ferrando. En realidad, desde muy temprano la televisión había dejado de ser algo restringido que se transmitía desde Santa Beatriz e irradiaba sobre un círculo llamado Lima y balnearios. En los periódicos de la época abundan los comentarios sobre las antenas de televisión que aparecían en los barrios menos pensados, y luego (electricidad de por medio) sobre los techos de cartón y esteras de las nuevas barriadas. Las cifras de ingreso de televisores por las aduanas registran un crecimiento exponencial que, sin embargo, todavía no se notaba en la programación.

La televisión vivía su momento de oro, según la leyenda creada por los canales y las agencias de publicidad, y que yo mismo he ayudado a propagar. Los que hacían la televisión todavía imaginaban que los que la veían eran semejantes a ellos, todos compartían un aire de familia. Por supuesto eso ya no era exacto a mediados de la década, pero los miles y más tarde millones de emigrantes y nuevos limeños, todavía eran invisibles o formaban parte del paisaje de fondo.

Ese momento me recuerda otra época de la historia del Perú, la que Basadre llamó “la república aristocrática”, unos pocos lustros entre los siglos XIX y XX, en los que pareció que el país había alcanzado un cierto orden y lo que restaba era progresar en paz. Por un momento se equilibraron las fuerzas y se pudieron construir monumentos en la capital, como si el pasado y el futuro estuvieran sólidos.

En nuestra fase aristocrática de la televisión, los monumentos que se hicieron fueron mucho más deleznable, pero durante un momento también se vivió la sensación de que la palabra “nosotros” tenía, al fin, un significado tangible. Ese mundo idílico de una televisión “sana” y “educada”, la primera televisión ingenua de los 60, comenzó a cambiar con la intervención de los militares en la siguiente década, pero cambió mucho más en los años 80, cuando su partida de defunción sociológica ya estaba firmada. Para entonces, la ciudad había cambiado tanto que el regreso de los antiguos propietarios no podía dar vuelta al reloj. Pablo de Madalengoitia resultaba anticuado y Kiko Ledgard se había marchado a España en donde encontraría públicos más numerosos y semejantes a él.

Los años 60 parecen infantiles y domésticos comparados con lo que vendría después. Desde hace mucho tiempo el genio de la televisión ha escapado y vive entre nosotros. No se trata solamente de un cambio demográfico, de clases sociales, o de formas culturales. Es eso y más, la televisión se ha vuelto parte central del mundo, es algo mucho más importante que la suma de todos los canales. Nuestra existencia pasa de una u otra forma por este medio. Incluso los grandes momentos de la historia contemporánea son inseparables de ella.

Quisiera contar aquí una experiencia personal. La mañana del 11 de septiembre del 2001, por una serie de razones, me encontraba solo y lejos de un aparato de televisión. Al medio día, al pasar cerca de una radio encendida escuche vagamente sobre un atentado en Nueva York. Recuerdo que me molestó el tono excitado del locutor, como si el mundo no estuviera lleno de atentados terroristas. “Solo porque sucedió en Nueva York”, pensé. Recién esa noche pude encender un televisor y ver por primera vez las inverosímiles imágenes de las torres cayendo. Por supuesto me impresionó profundamente y comprendí en seguida que algo muy grave había sucedido, pero me perdí la incertidumbre de los hechos que se precipitan, no viví ese vértigo de miedo y asombro que media humanidad sintió esa mañana desde el momento en que se estrelló el segundo avión. Tal vez por eso, en los días y semanas siguientes, percibí muchas veces que esa emoción aterradora, diseminada por la televisión a media humanidad, era el arma verdadera del atentado, más poderosa y definitiva que un avión convertido en un misil.

La imagen es apropiada para terminar esta imposible historia llena aun de incertidumbres futuras: los aviones se han estrellado, las gigantescas construcciones se han derrumbado sobre sí mismas y una monstruosa nube de polvo y escombros se acerca a nosotros por la televisión.